

Biografía de Fray Antonio Jacob Machado (1712-1784)

Por José RODRÍGUEZ MOURE †

Hace ahora un siglo, precisamente, que nació, en esta ciudad de La Laguna, en 29 de enero de 1855, el que había de ser, andando el tiempo, ilustre sacerdote y cronista oficial de la misma don José Rodríguez Moure. A su muerte, sobrevenida el 29 de marzo de 1936, dejó una vasta bibliografía, en parte editada, con considerable retraso, al fundarse el Instituto de Estudios Canarios, que acogió en sus colecciones algunas de las obras más interesantes de su Presidente de Honor.

Pero mucha de su labor literaria quedaba todavía inédita. Rodríguez Moure conservaba sus escritos, e incluso los prestaba generosamente a las personas que se los solicitaban. De otro lado, buena parte de esos trabajos estaban en forma de esbozos, de borradores, que necesitaban un retoque para su publicación. Otros eran formas provisionales o parciales de trabajos mayores, ya editados. Estos originales pasaron a manos de algunos de los amigos del difunto sacerdote: don Andrés de Lorenzo-Cáceres posee las extensas notas para una proyectada reedición de

Las noticias de Viera y Clavijo, que, en efecto, fueron aprovechadas, en lo que tentan de positivo, para la edición de 1950-1952; don Tomás Tabares de Nava posee otros originales, editados por la Real Sociedad Económica en el volumen titulado Póstumo homenaje, y en esta REVISTA, años 1938-1941: Apuntes para la historia del Obispado de Tenerife, Las banderas de Nelson y el escudo de Tenerife y Los Adelantados de Canarias. De este último trabajo se hizo una tirada aparte, aumentada con un prólogo y unos árboles genealógicos por don Dacio V. Darías y Padrón, a cargo de la Real Sociedad Económica de Tenerife.

Todavía permanecen inéditos otros originales, propiedad de don Tomás Tabares de Nava, que nos los ha ofrecido generosamente, con propuesta de editar algunos, con motivo del centenario de su autor. A reserva de hacerlo así en otra ocasión, de momento estimamos más interesante otro texto, propiedad de don Leopoldo de La Rosa, que es el que aquí sigue. El lector podrá observar en este escrito el carácter provisional de su redacción, circunstancia que se da asimismo en muchos otros de los fragmentos a que aludimos. Pensamos que agotar la publicación de todos esos textos, acaso sería traicionar a su autor.

DATOS BIOGRÁFICOS DEL MUY REVERENDO PADRE MAESTRO FRAY ANTONIO JACOB MACHADO, PROVINCIAL DE LA ORDEN DE SAN AGUSTÍN EN CANARIAS Y FUNDADOR DEL TEMPLO DEL ESPÍRITU SANTO, DE SU CONVENTO CAPITULAR DE LA CIUDAD DE LA LAGUNA

En 23 de agosto de 1712, siendo capital de la isla de Tenerife la ciudad de San Cristóbal de La Laguna, nació en ella el ilustre patricio Fray Antonio Jacob Machado y Bentrilla, ornamento de la localidad que le dio cuna y figura prócer de la grave Provincia de Ermitaños de San Agustín de Santa Clara de Montefalco, recibiendo el Sacramento del bautismo el 27 del propio mes de su nacimiento, en la Parroquia de Nuestra Señora de la Concepción, en la pila matriz más antigua de la Isla. Y como todo este ejemplar Religioso

había de tener auspicios de lo que un día había de ser, tocóle en suerte de que le administrara el Sacramento de la regeneración el virtuoso Beneficiado de la misma y Rector de ambos coros don Juan Afonso de Torres, cuyas ejemplares dotes de sacerdote modelo y celo pastoral merecieron el honor de que fuesen publicadas en la oración fúnebre que en sus exequias pronunció el afamado orador sagrado de aquellos tiempos el Muy Reverendo Padre Lector Fray José Vicente Pérez Perdomo, de lo que podemos prudentemente colegir que no sólo se le sirvió la gracia del Sacramento sí que también la del ministro; y para complemento de acto tan trascendental en su vida de cristiano, fue presentado y sostenido en la fuente de salud por su próximo deudo el Reverendo Padre Presentado Fray Manuel Machado Merino, de la Orden de Santo Domingo, Prior del Real Convento de Nuestra Señora de Candelaria.

Dones especiales concede Dios a las familias, y en la de este su siervo se ve en ella cómo el sello que lo distinguió y la actitud para que fue destinada de escoger sus tabernáculos para morada; y así se puede asegurar, porque sólo en su línea materna contaba el Padre Machado con un tío Religioso Agustino, dos primos segundos Dominicos y uno Beneficiado de la Concepción; pero no necesitaba salir nuestro religioso de aquellos parientes a que más estrecho lo unía la sangre para formar un nutrido coro que cantara en la tribu de Levi las alabanzas del Cordero. Todo el fruto del patrimonio de sus cristianos padres Tomás Machado Casanobles y Teresa Antonia Bentrilla fue para el servicio inmediato de Dios, según declara su buena madre al otorgar su testamento, en 9 de mayo de 1747, ante Juan Agustín de Palenzuela, escribano público, porque al enumerar sus hijos los hace en la siguiente forma: «Declaro que en el matrimonio con Tomás Machado procreamos y tuvimos por nuestros hijos a el M. R. P. M. Fr. Bartolomé Machado, Provincial de San Agustín; a Fr. Juan Antonio Machado, religioso de San Agustín; a don Diego Antonio Machado, clérigo de menores, difunto; y al M. R. P. M. Fr. Antonio Jacob Machado, religioso agustino»; y para que no faltara, como en la familia de Moisés, quién a Dios alabara en el sexo femenino, termina la nominación con las de doña Josefa de San Patricio y doña Isabel de San Antonio, Religiosas Recoletas en el de agustinas del Realejo.

Por lo relacionado no sólo consta que la generación de Tomás Machado y Teresa Bentrilla fue toda para la Iglesia, sí que también que con especialidad lo fue para la Orden Agustiniiana, madre fecunda en nuestra isla de hijos que la honraron y juntamente a la Patria, no siendo de los menos el Maestro Fr. Antonio Jacob Machado, que nos ocupa, como luego veremos.

La precocidad de su ingenio le hizo aprender con prontitud y perfección las primeras letras, y su perspicacia y clara inteligencia le colocaron el primero entre sus condiscípulos en toda clase de estudios, relevantes dotes que, llegada la edad competente, le hicieron conocer los peligros a que la juventud está expuesta, obligándole suavemente, cual lo hace la fuerza del convencimiento, a buscar seguro refugio en la Casa del Señor. Al efecto, tomó los hábitos de San Pedro, o sea agregarse al clero secular; pero no contento con haberse separado del común de las criaturas, tomando fila en la Milicia de Cristo, la austeridad de su temperamento le inclinó a vida más perfecta, y determinó hacerse Religioso, escogiendo la Orden de Ermitaños de San Agustín, tanto por el afecto que le profesaba, por la predilección de su familia materna y ejemplo de sus hermanos, cuanto por conocer que Dios a este seguro puerto le llamaba, razón suprema que en su sano criterio le decidió, por cuanto no era nuestro Padre persona que en las cosas de Dios le doblegasen consideraciones ni afectos humanos.

Sin embargo de lo dicho y dada la rectitud de su proceder, como buen tinerfeño, no desconocía los méritos que para los hijos del país tenía la esclarecida Orden y esta su casa matriz; niño, había alcanzado las postrimerías de aquel gran patricio, raro prodigio de memoria, don Juan Núñez de la Peña, cuyas cenizas reposaban ya en los claustros del Convento, y de su boca había aprendido su larga y brillante historia. Él no podía ignorar, pues, que en tan religiosa Casa todavía se percibía el aroma de las virtudes de Fray Pedro Grimón, el Maestro Fr. José de Anchieta, los Peñas y, sobre todo, Fr. Luis de Aguirre y Ríos, mártir ilustre de Cristo; así es que no nos causa extrañeza que este claro ingenio buscase el calor de esta Casa y Familia para ejercitar los alientos de que se notaba henchido su pecho generoso.

Puesto ya en esta Casa de refugio, corrió más que anduvo por

la segura senda de la santa obediencia y demás virtudes monásticas, siendo modelo en su devoto noviciado; y habiendo llegado el tiempo reglamentario, dio el último adiós al mundo falaz, sin recelo, haciendo su solemne profesión.

Desde el momento en que se decidió a tomar el estado religioso, no lo hizo con ánimo de entregarse a la holganza y comodidad, como el mundo, con harta ignorancia, lo supone en todos los que toman ese estado, no; él, como en su larga vida demostró, se recogió al sosegado puerto de la Religión Agustiniiana para santificarse y darse a todos, negándose a todo; sus rápidos progresos en los estudios filosóficos y teológicos y en todo conocimiento útil lo habilitaron para este fin, y así fue que la caridad y franqueza con que humilde y generoso los comunicaba, el ardor, celo y buen decir en su predicación, su piedad y demás virtudes muy pronto le pusieron en el número de los escogidos y de más estimados en su religiosa Familia, y eso que su época bien se puede llamar la edad de oro de su Instituto en Canarias.

En el cenit de las fuerzas físicas e intelectuales se encontraba el P. Fr. Antonio Jacob Machado, pues contaba 32 años de edad y algunos de religión, cuando su Provincia vio realizado, con aplauso de los amantes de la Patria y de las letras, su anhelado proyecto de constitución y establecimiento en su Convento Capitular de la Universidad Literaria, asunto arduo que había ocupado todas las energías de esta religiosa Familia por el largo período de 43 años, pues databa la concesión de este útil establecimiento desde 4 de junio de 1701, en que Clemente XI había expedido su bula *Pastoralis officii*, y no tuvo debido cumplimiento hasta el 9 de octubre de 1744, con la bula del gran Papa Benedicto XIV, *Aeternae sapientiae consilio*, confirmatoria de la de Clemente y pasada en forma por la Real Cámara de Castilla con cédula de Felipe V.

No se necesitaba tanto para enardecer un carácter tan amante de su Religión, las letras y la Patria, como el de este preclaro isleño; así es que trabajó con ahinco, se multiplicó en su actividad y, cogiéndole la inauguración muy adelantado en sus estudios, en virtud de obediencia, se recibió de Maestro en su Orden y Doctor en la Universidad, llevando el peso de este naciente establecimiento, en unión de los Padres Maestros Fr. Antonio Rosel y Fray

Francisco Estévez. Pero también en las criaturas y en sus obras el Tabor está cerca del Calvario, el *Hosanna* precede un poco al *Crucifige*; así fue que este establecimiento, tan útil al Archipiélago y fundado a costa de tanto sacrificio, desde luego se vio combatido por los mismos que debieron ser sus sostenedores: el Cabildo Catedral de Canarias, entonces de la Diócesis, y el Colegio Doméstico de Santo Tomás, del Convento de Dominicos de esta ciudad, le hicieron cruda guerra, y si bien sus mezquinas rivalidades y envidiosas gestiones no pudieron prosperar mientras vivió el Cardenal de Molina, generoso defensor de la nueva Universidad, su repentino fallecimiento la dejó expuesta a las iras de los adversarios, y al fin pudieron gloriarse de darle la muerte, no sin que llevaran el estigma del daño como eterno sambenito. Nada, pues, es de estrañar que el joven Religioso así como se regocijó en la fundación de la Universidad, que tanto honraba a su Convento religioso y Patria, del mismo modo, o más si era posible, llorara su pérdida y ruina, y con sentidas frases diera cuerpo a sus justos lamentos; pero, Religioso ante todo, se humilló en la presencia de Dios, obedeciendo sus soberanos decretos, sin zaherir a los émuloş ni desmayar en proyectar el bien y aumento de la Casa que tanto amaba.

Hasta aquí sólo hemos examinado al niño, al levita, al fervoroso novicio y aventajado religioso estudiante; justo es ya que examinemos al hombre público; Maestro de su Orden era natural comunicara a los jóvenes sus conocimientos; pero no fue de aquellos maestros que sólo lo fue para sí, por falta de habilidad para la misión; las cátedras que por obediencia regentó, con aplauso de Prelados y estudiantes, le crearon la justa fama de peritísimo profesor. Su claridad en la explicación de las materias más oscuras y difíciles de la Filosofía y Teología; su habilidad para estimular y al paso alentar y sostener a los discípulos en las ingratas tareas del estudio, haciéndoselo ameno y deseado, le valieron el cariño de que rodearon su venerable persona. Pero si la juventud le reverenciaba con amor filial, ya era llegado el tiempo en que los hombres de edad madura le admiraron y admirados quedaron cautivos de sus distinguidas cualidades políticas y sociales.

Después de haber desempeñado el cargo de Regente de Es-

tudios hasta la edad de 42 años, en el Capítulo Provincial de 1754 fue electo Prior de su Convento, y ya en el solio de las Prelacias, como las puestas sobre el celemin, esparció sus rayos a toda la habitación llenándola con el brillante resplandor de sus virtudes, y como hombre mortificado y de oración dio la lección con el ejemplo, y si tenía la vigilancia sobre los Procuradores, no sólo para que nada faltase sino que también para que a todos proveyesen según sus necesidades, en hacer guardar la paz y observancia haciendo amable el castigo necesario, era rígido sin exceso; pero como otro Esdras, si con una mano atendía al bien espiritual de su Familia, con la otra procuró reedificar los muros de su Casa, que la incuria y los años habían maltrecho. En su Priorato concibió el agigantado proyecto de dotar a su Convento de un nuevo Templo, porque el que tenía, a más de pequeño, pedía urgente reparo. Propuesto el pensamiento a sus colegas, vio con sentimiento que casi todos los pareceres le fueron contrarios, y no por falta de buen deseo, sino por creer irrealizable la obra; y a la verdad todo así lo indicaba: el Convento ruinoso, la Sacristía desprovista, el tesoro arruinado con los gastos de la malograda Universidad patentizaban el prudente dictamen de los consultados; sin embargo, pudieron advertir que al terminar su Priorato no sólo estaban reparadas las necesidades del Convento y Sacristía, si que también gran porción de material de piedra para allegar recursos a la obra del Templo, que según él otros habían de realizar, y todo esto hecho no sólo sin gravar la hacienda de la Casa, sino lo que es más de admirar habiéndola levantado de la postración en que yacía.

Gozoso por haber terminado su Prelacia y más que todo por volver al retiro de la celda, entró en el Capítulo de 1757 e, implorado el divino auxilio, éste inspiró a los Padres Capitulares la elección de nuestro Padre Machado para el difícil al par que elevado cargo de Prelado Superior Provincial, elección tanto más aplaudida cuanto menos esperada, por cuanto este importante puesto no solía concederse sino a aquellos Padres que habían ejercido Prelacias por algunos trienios; pero Dios, que lo quería para restaurador de su sagrado Alcázar, le hizo dar este vuelo en el tiempo que ajustado a sus planes le tenía, como al final podremos comprobar; 45 años pues contaba nuestro Religioso cuando

se vio aclamado Provincial por el voto unánime de sus cofrades.

Si de sólo Prior de un Convento había formado el proyecto de la nueva fábrica, Superior de la Provincia tendió las líneas con entera resolución a la realización de la obra; ni le arredró la magnitud, ni le acobardó la prudencia de sus antecesores que no se atrevieron a comenzarla, y eso que entre ellos la habían intentado hombres tan esforzados como el Maestro Provincial Fr. Francisco Juárez; pero el secreto de nuestro biografiado no todos lo poseían; la confianza ilimitada en Dios, caudal e inteligencia con la que siempre comenzó y llevó a feliz término todas sus obras no le había de faltar en este nuevo empeño, y la más cumplida realización acreditó su firme esperanza. Con energía ordenó se trasladara el Divino Servicio a la capilla en que se daba culto al Santísimo Cristo de Burgos, situado en la planta baja de los claustros, y no con menos entereza ordenó el derribo del antiguo Templo. ¡Oh arrojol! En los tiempos en que los mayores caudales y los más opulentos mayorazgos dejaban arruinar sus casas de morada, por falta de recursos, en la general penuria de las Islas, este ánimo esforzado, sólo contando con la ayuda de Dios y su administración, trata de levantar una Casa de Oración, de la grandeza que aun en su desolación está publicando.¹

Pero si los caudales que costó el edificio pudieron reducirse a guarismos, ¿qué ingenio, por perspicaz que sea, podrá sumar las amarguras, disgustos y apuros que el Maestro Provincial sufriría? Con ánimo generoso, no quiso dar participación en ellos sino a un reducido número de personas; solo en el retiro de la celda y en la presencia de su Dios los diluía en el vaso de su paciencia ejemplar y los apuraba hasta las heces sin demostrar al exterior la menor señal de sufrimiento. Entre los pocos a quienes hacía confianza de sus cuitas y que como otro Elías la había tomado por su Eliseo, fue el honrado artesano maestro de carpintero Francisco González Ramos, a quien precedía en la vida en 8 o 9 años y del que estaba penetrado; le amaba con sencillo afecto; y, aunque de ruda corteza

¹ El actual templo de San Agustín estaba, desde largos años, desafectado del culto, cuando escribía estas líneas Rodríguez Moure.—Véase la *Guía histórica de La Laguna*, del mismo autor, Apéndice.—N. DE LA R.

sabia, tenía un talento y corazón generoso, pues era sumamente agradecido; este laborioso menestral fue la máquina inteligente que ejecutó los atrevidos planes del Padre Maestro Machado en la construcción del Templo y sobre cuyos hombros descansó del cuidado de esta obra, objeto de todas sus atenciones y desvelos. Por parte del Provincial todo era cariño para su operario predilecto, y por parte de éste todo era veneración y agradecimiento para aquel santo varón en cuya ejemplar vida nunca encontró reproche y al que debía la educación de su hijo Fr. Manuel, que con el tiempo llegó a sucederle en el Priorato de la Casa, favor con que se consideraba generosamente recompensado.

Pero el cuidado y atención de esta obra, bastantes para agotar las energías de una persona por ilustrada y activa que fuera, no fueron bastantes a ocupar las de este grande hombre. Conocedor del valor del tiempo, de la buena distribución que de él hacía y de la constancia en emplearlo dependía el que pudiera acudir a tantas atenciones como su estado de religioso, sus cargos y su condescendencia le obligaban; para él su pobre lecho nunca fue sino el lugar del necesario descanso para recuperar las fuerzas gastadas en el trabajo, ayunos rigurosos y demás penitencias; el toque de las tablas con que se despertaba a la Comunidad nunca le cogió en la cama, a no ser cuando tenía que guardarla por precepto del médico. Su larga preparación, devota celebración del Santo Sacrificio y prolongada acción de gracias en la que oía otras misas le llevaban el tiempo hasta la hora del desayuno; su asistencia al coro siempre fue ejemplar, tanto por la asiduidad, cuanto por la compostura y atención con que recitaba el divino oficio; nunca se le pudo tachar de descortés en contestar con prontitud la correspondencia que con Obispos, Comandantes Generales y personas particulares llevó constantemente, ya por razones del cargo o por la amistad que a nadie que la solicitara la negó. Como Provincial tenía a su cargo los asuntos judiciales de la Orden en toda la Provincia; sobre todos velaba con sumo cuidado, para lo cual tenía que seguir largas contestaciones con letrados y curiales; pagaba los honorarios con prontitud, pero encargaba la energía en las defensas, aviniéndose con prontitud a las transacciones que se le proponían, pues si bien por el oficio se creía obligado a defender

los intereses de la Comunidad, como Religioso era sumamente comprensivo, y, como por lema, tenía la máxima de que más útil era para las partes un mal arreglo que un buen pleito.

A pesar de tal cúmulo de asuntos, todavía le quedaba tiempo para dedicarse al estudio, que por decirlo así fue su pasión favorita. Las relaciones de su Provincia y Convento con la opulenta casa de Nava, sus Patronos generales, y más que todo la afición a las letras de don Tomás de Nava Grimón y Porlier, 5.º Marqués de Villanueva del Prado, le hicieron formar parte de las sustanciosas tertulias literarias de este prócer, donde se recopilaron los materiales para la *Historia de Canarias* que más tarde publicó don José de Viera y Clavijo. ¿Y cómo se podía prescindir en esta tertulia, verdadero ateneo de La Laguna, de un sujeto tan humanista para las letras como el Padre Jacobo Machado? Muchos de los contertulios ancianos tenían todavía en el oído la grata armonía de sus discursos sagrados, en los que no se sabía qué admirar más, si el grave continente del orador y cultos ademanes, si la sonora y bien timbrada voz con fino oído, o el mérito de la obra, donde la profundidad de la materia era expuesta con un lenguaje claro y escogido y en el que la erudición se repartía con mesura, huyendo de la llaneza sin caer en el culteranismo gongorino; los jóvenes, que sólo podían recrearse en la amena e instructiva palabra de aquel anciano respetable, saboreaban las cualidades dichas leyendo los dos únicos discursos que de este orador se imprimieron: el uno con motivo de las fiestas realizadas en Santa Cruz por la coronación de Carlos III, y el otro con motivo de la colocación de la Imagen de Nuestra Señora de los Dolores en su nuevo altar del Convento de Tacoronte; los que consintió se dieran a la prensa por no serle posible eludir el compromiso, privando a la posteridad su excesiva modestia en este punto el que tuviéramos un modelo más para el estudio.

Pero como toda vida es un tejido de dolores, las postrimerías de este ilustrado Religioso se avivaron con la muerte prematura de su joven amigo el malogrado Marqués de Villanueva del Prado; y si Viera y Clavijo perdió en él su primer Mecenas y el dolor de su falta lo hizo exclamar que en esta temprana muerte perdía un verdadero amigo y las Canarias el ciudadano de más luces que acaso hubo jamás en ellas (Viera y Clavijo, *Carta a don Antonio Porlier*,

de 5 de julio de 1780), este religioso varón, después de endulzar con los consuelos de la Fe Católica su santa agonía, en la mañana del 4 de noviembre de 1779 con trémula mano cerró aquellos ojos; en los que cual luceros se recreaban las esperanzas de la Patria, recibiendo a la cabeza de la Comunidad el amado cadáver el siguiente día 5 para depositarlo provisionalmente en la Iglesia interina, mientras se terminaba el nuevo Templo, que por lo adelantado de la obra parecía quería Dios darle el consuelo de verlo terminado, ya que con tan rudas penas afligía sus últimos años.

Desde este hecho, que tanto afectó al buen anciano, se le veía activar más las obras del Templo; parecía como que un secreto presentimiento le indicaba que su fin se acercaba, a pesar que nada en su salud lo daba a entender. El tiempo que sus precisas ocupaciones le dejaban libre lo empleaba en contemplar emocionado las obras e idear lo que faltaba para su decorado. Por fin lo vio terminado, y aunque quería se inaugurara con las solemnidades de la Semana Santa, inconvenientes no previstos lo dilataron, y escogió el día 11 de abril para bendecirle, por ser Dominica de Resurrección. Con cuánto fervor se dispusiera para este acto, su vida religiosa nos puede dar la medida; efectivamente sumamente conmovido y en medio de un gran concurso, con las preces del ritual lo bendijo, rindiendo a su Dios las más fervientes gracias por haberle concedido esta dicha, de la que no se consideraba digno; recogióse luego a su celda so pretexto de descansar y, en realidad, para vacar más a Dios, no queriendo nadie interrumpir su retiro, a pesar de chocarles la tardanza, por cuanto la campana les llamaba a coro. Pero visto no había concurrido, terminados los oficios de la tarde, ya con sobresalto, se decidieron a penetrar en su celda, y desgraciadamente el temor era verdadera realidad: un accidente apoplético le tenía embargados los sentidos, llenando de dolor a sus hermanos y a la ciudad entera. Nadie hizo conjeturas sobre el origen de su enfermedad; una vez más se demostró que la mucha alegría puede ser origen de funestas consecuencias. La piedad de sus hijos de Religión y de sus amigos junto con los auxilios de la ciencia consiguieron del cielo suspendiera el golpe, y una reacción saludable se operó en el amado enfermo, recobrando el uso de sus sentidos y facultades tan entera y satisfactoriamente, que a las ora-

ciones nadie que lo viera podía presumir había corrido tan grave peligro en las primeras horas de la tarde, correspondiendo la alegría más cordial al temor y sobresalto inesperado.

Pero el piadoso anciano, si bien recibía agradecido los parabienes que se le daban, tomó el accidente en calidad de aviso, y aunque nada decía en el asunto, sus obras así lo demostraron, redoblando sus fervores, especialmente en la celebración del Santo Sacrificio, pareciendo querer lavar en la Divina Sangre hasta sus más pequeñas imperfecciones, y abismándose en la oración disponiéndose a la partida con ánimo sereno. En la mañana del día 13 del citado mes de abril, al toque de las tablas, la puerta de su celda no se abrió como de costumbre y en el coro se hallaba desocupada su silla; aleccionados por el pasado, mandó el Prior se le preguntara si tenía alguna novedad en su salud, y al poco tiempo la entrada del lego todo confuso y lloroso dio a entender el suceso y sobrecogió a los buenos religiosos, los que, constituidos en su celda, encontraron su cadáver tendido en la pobre cama y cruzadas las manos sobre el pecho, a vista de lo cual los ojos hablaron más que la lengua. Revestido el cadáver con el santo hábito y la estola y cáliz sacerdotal, fue expuesto en la Iglesia Provincial, pasando el aviso de atención a las autoridades, parroquias y conventos, celebrándose el funeral y entierro conforme a la distinción de su persona y jerarquía en la Orden.

Grande era el concepto que de las virtudes de este ciudadano tenían sus contemporáneos, y a proporción de la estimación en que se le tenía en vida por todas las clases sociales, se le tributaron recuerdos en su muerte. Pero tocaba a sus cofrades en primer término esta empresa y, cumpliendo en primer lugar su voluntad, dieron cristiana sepultura a su cadáver en la capilla mayor del nuevo Templo, frente al Tabernáculo, pues ni aun en muerte querían abandonar sus tristes despojos al Dios de la Eucaristía, centro de su amor, señalando algo más tarde su supulcro una losa de mármol blanco, en la que con lacónicas frases latinas se hace resumen de sus cargos y relevantes virtudes, si bien por descuido del lapidario equivocó la fecha de su muerte, acordando el Capítulo se colocara su retrato en la capilla de San Jorge, patronato de la casa de Grimón y donde se venera la imagen del Patriarca de la Orden

y al pie del cual una inscripción castellana da conocimiento a las futuras generaciones de la calidad del personaje.

En 7 de julio del mismo año la Hermandad de San Agustín, que también lo tenía por su principal ornamento, demostró su dolor en la solemnes honras que le dedicó, en las cuales don José Cruz Loisel, sabio y virtuoso sacerdote, con la elocuencia que le era propia, pronunció la oración fúnebre en honor del finado, y en ella, con la claridad que le era natural, hizo su elogio.

La Sociedad Económica le consagró una sesión necrológica; su elogio consérvase manuscrito en la Biblioteca Provincial.

La inscripción que sus hermanos de hábito le dedicaron al pie del retrato al óleo que de su persona pusieron en el templo de su Orden en La Laguna decía así:



EL MUY REVERENDO PADRE MAESTRO FRAY ANTONIO JACOB MACHADO. NACIÓ EN ESTA CIUDAD DE LA LAGUNA EL 12 DE AGOSTO DE 1712. HABIENDO TERMINADO EL PRIORATO DE ESTE CONVENTO Y COLEGIO EL AÑO DE 1757, FUE ELECTO PRIOR PROVINCIAL EL MISMO AÑO. SIETE VECES FUE PRELADO SUPERIOR, TRES POR FALLECIMIENTO DE SUS INMEDIATOS SUCESESORES Y UNA POR NOMBRAMIENTO DE NUESTRO REVERENDÍSIMO PADRE GENERAL FREI FRANCISCO JAVIER VÁZQUEZ. REDIFICÓ ESTE CONVENTO Y LEVANTÓ SU TEMPLO DESDE CIMIENTOS. ESTANDO PARA COLOCARLO EL JUEVES 29 DE ABRIL DE ESTE AÑO DE 1784 ANTES DEL CAPÍTULO, LO BENDIJO EL 17, DOMINGO DE RESURRECCIÓN. DESPUÉS DE ESTA CEREMONIA LE ACOMETIÓ UN GRANDE ACCIDENTE, DEL QUE LUEGO QUEDÓ COMO ANTES, Y A LAS DOS DE LA MADRUGADA DEL MIÉRCOLES SIGUIENTE FALLECIÓ DE REPENTE. FUE SEPULTADO DELANTE DEL TABERNÁCULO, COMO LO HABÍA PEDIDO. TODOS LE LLORAN COMO A VERDADERO HÉROE. REQUIESCAT IN PACE. AMÉN.